CAPITULO XIV.

APOICIDE Y OLINTO.—ASAMBLEA DE LOS FIELES.—LOS NIÑOS DE SALVIO.
APOICIDE Y LOS CRISTIANOS.

Despues de haber cruzado el Sarno, Olinto y su nuevo discípulo desembarcaron en un arrabal: atravesaron muchas calles pequeñas, y llegaron á la puerta de una casa un poco mayor que las que la rodeaban.

Olinto dió tres golpes.

La puerta se abrió á poco, y volvió á cerrarse tan luego como ambos pasaron el umbral.

Apoicide y Olinto atravesaron un pasadizo desierto y se detuvieron delante de otra puerta.

Olinto volvió á tocar tres veces, pronunciando estas palabras:

—¡La paz sea con vosotros!

—¿Con quién?—respondió desde adentro una voz.

—Con todos los fieles—replicó Olinto.

La puerta se abrió entonces, y Apoicide, guiado por el sacerdote cristiano, entró en una pieza espaciosa que recibia la luz por una ventana que miraba al Oriente.

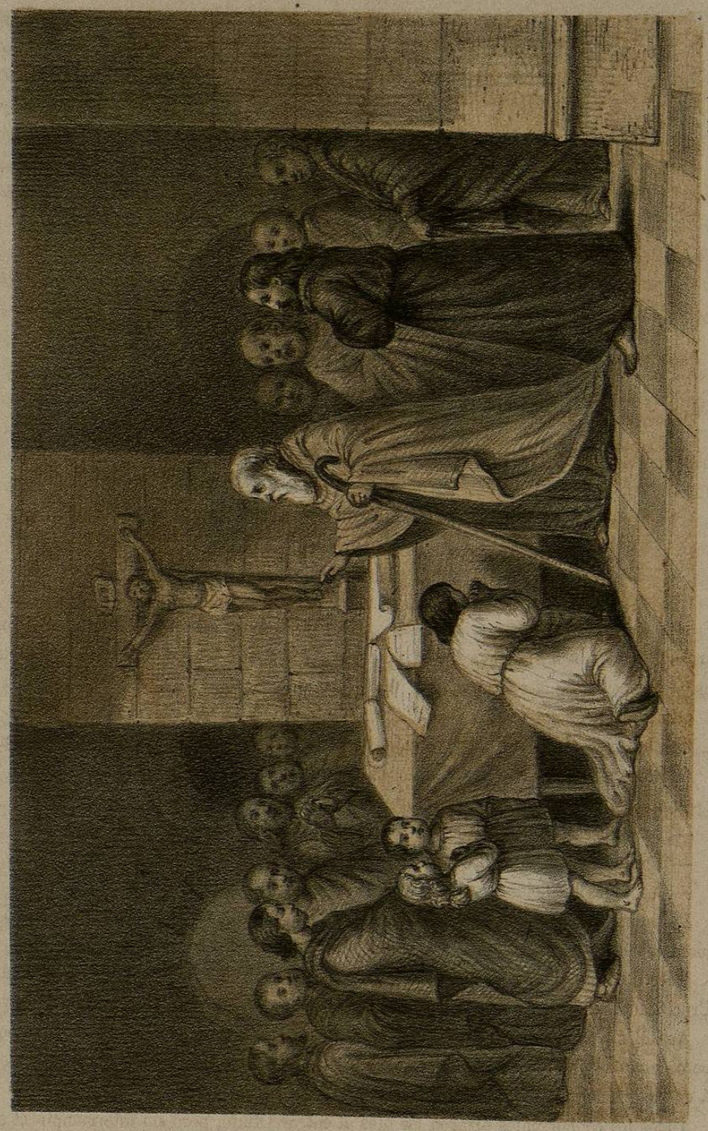
Doce ó catorce personas estaban sentadas en semicírculo al rededor de una imágen del Crucificado, toscamente tallada en madera y colocada sobre una mesa, debajo de la ventana.

Aquellas personas pertenecian, casi todas, á las clases menos acomodadas de la sociedad; pero entre las que por su traje revelaban ser de un rango mas elevado, Apoicide reconoció á un rico comerciante de Alejandría y á un oficial de la guardia.

Todos los concurrentes alzaron los ojos al entrar Olinto, pero sin interrumpir el silencio.

Olinto se acercó á la cruz, se arrodilló respetuosamente, y despues de haber orado un rato en voz baja, se volvió hácia la asamblea, diciendo:

—Hermanos mios, no os asombreis de ver entre nosotros un sacerdote de Isis. Cierto es



REUNION DE LOS CRISTIANOS.

que ha vivido con los incrédulos y ciegos, pero sus ojos se han abierto, y desea instruirse y conocer la verdad.

—Que sea admitido—respondieron todos los fieles á la vez.

—No te imponemos—dijo entonces Olinto, dirijiéndose á Apoicide—juramento ninguno de no descubrirnos. Verdad es que no existe al presente ninguna ley positiva contra nosotros; pero la multitud, mas cruel que los que la gobiernan, manifiesta intenciones que nos obligan á que nuestras juntas sean secretas. Sin embargo, no queremos comprometerte á nada. Tú puedes descubrirnos si quieres, aunque no dudamos que corresponderás dignamente á nuestra confianza, respetando á los hombres que solo anhelan tu dicha.

—Nunca mi corazon ha abrigado un sentimiento bastardo.

—Lo comprendo así; mas aunque no lo fuera, sabe que nuestra creencia supera al temor de la muerte. Sostenidos por la gracia divina, no tememos ni las torturas del potro del tormento, ni los dientes del leon, ni la oscuridad de la tumba; pues lo que para el criminal es muerte vergonzosa, para el cristiano que muere por su Dios, es un triunfo.

—Sublime creencia!

—Te hallas entre nosotros para observarlo todo. ¡Quiera el Señor iluminarte y convertirte, haciendo que permanezcas en nuestra compañía! Vas á ver cuál es la religion que profesamos. Esta cruz es nuestra imágen. No es un ídolo como vuestros dioses. Es un recuerdo de la Pasion y Muerte del Salvador. Esos escritos, cuya lectura se acaba de interrumpir, contienen todas nuestras leyes y todos nuestros misterios. Son los santos Evangelios y los escritos de los apóstoles. Respecto á nuestra moralidad, ella está en nuestra vida. Somos pecadores; ¿pero quién podrá hoy acusarnos de un crímen? Sin embargo, no nos alabamos de ello, porque sabemos que *toda gracia suprema y todo don perfecto viene del cielo y desciende de Dios.*

—Sí; que el hombre por sí solo, no es mas que debilidad y miseria.

—Medon—dijo Olinto al anciano que tenia los Evangelios —tú no eres libre, eres esclavo; pero en el cielo los últimos serán los primeros; igual cosa sucede entre nosotros. Continúa, hermano, la lectura; ya te escuchamos.

Medon leyó con voz sonora algunos pasajes de los Evangelios en que brillaban la caridad, la dulzura y el amor de Jesucristo.

Apoicide escuchaba aquellas divinas palabras, que encerraban una moral pura y regeneradora, con el mas religioso silencio.

Terminada la lectura, se escuchó un ligero golpe en la puerta.

—Adelante—dijo Olinto.

La puerta se abrió, y dos niños, de los cuales el mayor tendria siete años, entraron en la estancia con timidez y respeto.

Eran los hijos de Salvio, dueño de la casa, ladron antes de ser cristiano, en los caminos de la Siria, donde habia nacido, y ahora pecador arrepentido.

Los niños corrieron hácia Olinto, que les estrechó en sus brazos.

Entonces se vió á todos aquellos hombres nutridos en las vicisitudes de la vida, batidos por las terribles tempestades de las persecuciones, y preparados aun para la muerte, agruparse al rededor de la inocencia, y sonreir con dulzura y bondad.

Olinto desenvolvió el escrito, y pidió á los niños que repitiesen despues de él, la bellísima *oracion dominical* que solo un Dios pudo formarla.

Terminada que fué, les recordó en los términos mas tiernos y sencillos, el amor del Sal-

vador hácia la niñez, cuando les dijo á sus apóstoles: "Dejad que los niños se acerquen á mí, porque el reino de Dios es para ellos."

Este empeño quizá que tenian los cristianos en instruir á los niños en sus tiernos años y en acostumbrarles á los ejercicios de la religion, fué lo que dió orígen á la odiosa calumnia esparcida por los idólatras contra los discípulos de Jesucristo, á quienes acusaban de inmolar secretamente niños en sus ceremonias.

Salvio, el padre de aquellas dos tiernas criaturas, parecia hallar en la inocencia de sus hijos la prenda del perdon de sus pasados crímenes.

Los ojos de aquel pecador arrepentido se veian cubiertos de consoladoras lágrimas, que la religion, bálsamo de las penas del hombre, le hacia verter para consolar su corazon.

Conmovido y embriagado de placer viendo á sus hijos acariciados por la virtud, sonreía de placer y repetia con ellos las sagradas palabras que Olinto pronunciaba.

Los niños le miraron dulcemente, y cuando concluyeron de orar, corrieron hácia él llenos de amor filial.

El dichoso padre les estrechó contra su corazon, les cubrió de besos y les llenó de lágrimas; lágrimas de dolor y de alegría, de arrepentimiento y de esperanza, de amor á Dios y á sus hijos.

Apoicide, cuyo corazon hacia largo tiempo se encontraba cerrado á todo afecto de dulce sensibilidad, no pudo ver aquella escena sin experimentar un profundo sentimiento de ternura.

Su emocion se aumentó á poco, al ver entrar por una puerta interior un venerable anciano, apoyado en un baston.

Toda la asamblea se puso en pié con el respeto mas profundo, y Apoicide, al contemplar su fisonomía dulce, á la vez que imponente, se sintió atraido hácia él por una simpatía irresistible.

El tierno hermano de Ione, veia en aquel venerable anciano algo de celestial, algo de misterioso y santo que no habia visto jamas en ningun otro ser de la tierra.

Parecíale que una auréola de célicos resplandores rodeaba su magestuosa cabeza, en que solo se dejaban ver algunos cabellos blancos.

Apoicide se encontraba dulcemente conmovido. Sus ojos estaban fijos en el tranquilo y apacible semblante del anciano, hácia el cual se sentia arrastrado por un sentimiento de dulcísima adhesion que bañaba de consuelo su alma.

Y es que, como supo mas tarde, la sonrisa del Hombre-Dios bañó el semblante de aquel hombre, y que aquella celestial sonrisa jamas se habia borrado.

Los hijos de Salvio se acercaron tambien al anciano, quien, abriéndoles los brazos para recibirles, les dijo:

—Hijos mios, que Dios sea con vosotros.

¡Qué seductor encanto y qué conmovedora ternura encerraba aquella escena, donde los dos extremos de la vida se mezclaban en dulces manifestaciones de amor al Criador! De un lado los límpidos arroyuelos brotando de sus manantiales; del otro el majestuoso rio llegando al océano de la eternidad!

—Ved, padre mio—dijo Olinto—vos, á quien el Salvador se dignó arrancar de la tumba para atestiguar su poder y su bondad; ved aquí, entre nosotros, un extranjero: una nueva óveja ha sido conducida al Señor.

—Yo le doy mi bendicion—exclamó el anciano.

Apoicide se adelantó hácia él como por instinto, y se postró á sus piés.

El anciano colocó la mano sobre la cabeza del sacerdote de Isis y le bendijo.

Mientras sus labios se movian dulcemente, sus ojos se hallaban levantados hácia el cielo, y abundantes lágrimas, de esas que solo vierten los santos con la esperanza de la felicidad del prójimo, corrian por sus mejillas.

Los dos tiernos hijos de Salvio se habian colocado á los lados del jóven griego.

El corazon de este se encontraba como el de ellos.

Se habia vuelto igual á los suyos para entrar en el reino de los cielos.

El venerable ministro del Salvador, profundamente conmovido de placer por la conquista de un alma que abandonaba el error para entrar en la senda de la eterna felicidad, despues de haber orado un instante interiormente, cayó de rodillas delante del signo de la Redencion, y con voz sonora y conmovida pronunció este salmo, haciendo que lo repitiese Apoicide:

"Inclina, Señor, tu oido á mis ruegos, y escúchame, porque me hallo afligido y nece-
"sitado."

"Guarda mi vida, porque estoy consagrado á tí. Salva, oh Dios mio! á este siervo tuyo,
"que tiene puesta en tí su esperanza."

"Señor, ten misericordia de mí, porque no ceso de clamar á tí todo el dia:"

"consuela el alma de tu siervo, pues á tí, oh Señor! tengo de continuo elevado mi es-
"píritu:"

"siendo tú, Señor, como eres, suave y benigno, y de gran clemencia para con todos
"los que te invocan."

"Oye propicio, oh Señor! mi oracion y atiende á la voz de mis ruegos."

"A tí clamaré en el dia de mi tribulacion, pues tú siempre me has oido benigna-
"mente."

"Ninguno hay entre los dioses que pueda, oh Señor! parangonarse contigo: ninguno que
"pueda imitar tus obras."

"Las naciones todas cuantas criaste, vendrán, Señor; y postradas ante tí te adorarán, y
"tributarán gloria á tu nombre."

"Porque tú eres el grande, tú el hacedor de maravillas: tú solo eres Dios."

"Guíame, Señor, por tus sendas, y yo caminaré segun tu verdad: alégrese mi corazon de
"modo que respete tu nombre."

"Alabarte he, oh Señor Dios mio! con todo mi corazon, y glorificaré eternamente tu
"nombre:"

"porque es grande tu misericordia para conmigo, y has sacado mi alma del infierno pro-
"fundo (1)."

Terminado este salmo de David, que Apoicide pronunció con voz clara y firme, el hermano de la hermosa Ione se sentó al lado de los fieles, y escuchó con profundo recogimiento la explicacion de algunos de los mas sublimes misterios de la religion, explicados clara y sencillamente por el venerable y anciano sacerdote en cuya faz veia brillar algo de sobrenatural y de celeste.

Apoicide se encontraba como trasportado á otra region distinta de la que hasta entonces habia habitado.

(1) Salmo LXXXV.

Sentia en su alma una superabundancia de felicidad, una tranquilidad de espíritu, una confianza en la ventura eterna, que le inundaba de dicha.

No habia hecho mas que descubrir un rayo del sol de la verdad, y ya empezaba á sentir su espíritu el vificante calor de la fé.

Se habia dirigido á observar solamente, y casi se sentia arrastrado á abrazar una creencia que entrañaba los tesoros mas dulces para el alma.

Los fieles, despues de haber escuchado la santa doctrina del Crucificado que el hermano de Ione habia oido con religiosa atencion, se pusieron de pié.

Apoicide hizo lo mismo.

El venerable sacerdote á quien Olinto y la asamblea entera miraban con respeto, elevó, con voz clara y firme, una oracion que parecia infundir en los concurrentes nuevo aliento y vida.

Aquella oracion era el Credo ó símbolo de los Apóstoles.

Todos los cristianos pronunciaron juntos, en voz solemne y alta, aquella profesion de fé nacida de una conviccion profunda.

La conviccion es comunicativa; y al ver Apoicide en el semblante de todos los cristianos las marcadas señales del sentimiento elevado y santo de sus almas, se sintió con impulsos de prorumpir con ellos en aquella declaracion de fé que sentia comunicarse á su alma.

La oracion terminó, y la asamblea puso fin por aquel dia á sus asuntos religiosos.

El Credo era siempre la manifestacion de fé con que los cristianos terminaban sus reuniones.

Los fieles estrecharon la mano de Apoicide, y salieron del edificio, deseándole la dicha de que abrazase el cristianismo.

Olinto y Apoicide quedaron solos.

El primero se acercó con amistoso afecto al hermano de Ione, y le preguntó con cariñoso acento:

—¿Estas contento de que te haya conducido á este sitio en que se da á conocer la verdad mas importante para el hombre?

—No me podias haber proporcionado mayor ventura. Las tinieblas del error que me abrumaban, han empezado á desaparecer de mis ojos, y la luz de la eterna verdad ilumina mi entendimiento. "Que la paz sea contigo," me dijiste entre el gentío del Forum hace pocos instantes, y esa paz reside ya en mi corazon: mi espíritu está tranquilo, y la calma, que brota de una accion recta, baña mi alma.

—¡Bendita sea la Omnipotencia Divina!

—Pero tengo que hacer: mi hermana me espera, y no quiero alarmarla con mi tardanza. Adios: me has dado la felicidad; y yo te doy por ello la manifestacion de mi profunda gratitud.

—Guarda ese reconocimiento para Dios, que es el que se ha dignado escogerme para señalarte el camino de la eterna sabiduría.

—Camino que procuraré conocer perfectamente, y que para conseguirlo frecuentaré las visitas á esta casa los dias de asamblea.

—Sí; ven constantemente, y la luz de la verdad iluminando de lleno tus deberes, te hará que abjures el error, y que entres en el seno de nuestra Iglesia.

Apoicide estrechó la mano de Olinto, y salió del edificio.

CAPITULO XV.

APOICIDE Y IONE.—NUEVAS IDEAS DEL PRIMERO.—LES VISITA GLAUCO.—CÓMO SE CONSAGRABAN LOS SUMOS PONTÍFICES PAGANOS.—PROYECTOS DE ENLACE.

El hermano de la hermosa Ione, lleno de íntima satisfaccion, y trayendo á la memoria las sublimes máximas que acababa de escuchar en la asamblea de los fieles, se dirijió hácia la casa de la hermosa jóven, á quien juzgaba inquieta por su tardanza.

Apoicide, aunque poco comunicativo hasta entonces, porque el afan de encontrar la verdad le habia tenido constantemente preocupado, amaba á su hermana con todo el cariño fraternal.

Muchas veces comprendia que Ione se hallaba sentida de la frialdad con que la trataba, y entonces triste y arrepentido de su conducta, se acercaba cariñoso á ella, la pedia conmovido que le disimulase su aparente indiferencia y la colmaba de caricias.

Ione, que amaba á su hermano con toda la ternura con que ama la muger, quedaba inundada de gozo con aquellas palabras, y pedia á los dioses para su hermano la tranquilidad del alma y la ventura.

Cuando le veia alejarse de su lado pensativo y melancólico, para entregarse en la soledad á sus meditaciones, Ione quedaba aflijida: no pocas veces se ponia á pensar en las arrugas prematuras que surcaban la frente de su hermano; en el motivo que habia alejado de sus labios la sonrisa; y gemia la infeliz, pensando que tal vez el servicio á los dioses pudo arrojar una sombra tan negra en el alma del ser que mas amaba.

Preocupada con estas ideas se hallaba la hermosa Ione, cuando llegó su hermano.

La jóven le miró con cariño, y quedó tiernamente sorprendida.

Ahora las facciones del jóven griego ofrecian una calma que hacia muchos años no pre